

FLAVIANO BIANCHINI

El camino de La Bestia

*Migrantes clandestinos a la búsqueda
del sueño americano*

Prólogo de CLAUDIO ALBERTANI

Traducción de RAQUEL BERMÚDEZ
Y JOSÉ FELIÚ

PRÓLOGO

AMBIENTALISTA, ESCRITOR Y ACTIVISTA de los derechos humanos, Flaviano Bianchini es, en primer lugar, un gran viajero. Pertenece a la estirpe, ya extinta, de los hermanos Reclus, de Alexandra David-Neel y, en tiempos más recientes, de Bruce Chatwin y V. S. Naipaul; gente sedienta de saber que el mundo no lo estudia (únicamente) en los libros, sino que lo conoce andando. Como sus predecesores, Bianchini pasa al tamiz paisajes naturales y humanos, observa todo minuciosamente, capta detalles y paradojas y vive la vida cotidiana de las personas que conoce. Muy joven —apenas rebasa la treintena— ya es autor de un libro importante sobre Tíbet en el que cuenta el viaje memorable que hizo por el país de las nieves, martirizado por el colonialismo chino. También ha escrito sobre la Amazonia contando la difícil realidad de los indígenas sudamericanos.* En las páginas que siguen, nos presenta su increíble aventura a lo largo de tres mil kilómetros de un México infernal y apocalíptico, muy alejado de las blancas playas del Caribe y de los santuarios *hippies* del Pacífico.

Las cifras oficiales de ese México son devastadoras: por lo menos veinticinco mil desaparecidos desde 2007 y treinta y cinco mil asesinados en un solo año, el 2014. Los llaman «daños colaterales» de la guerra contra el narcotráfico, pero reflejan una realidad

* Flaviano Bianchini: *In Tibet. Un viaggio clandestino*. Pisa: BFS Edizioni, 2009. Mención especial Premio Chatwin «Viaggi di carta»; *Tarai più. Viaggio in Amazzonia*. Assago: Ibis, 2014.

terrible si pensamos que a lo largo de los años setenta, en plena guerra sucia, el total de los desaparecidos no llegó a quinientas personas. La economía no va mejor. Sobre un total de ciento quince millones de habitantes, unos setenta millones viven en condiciones de pobreza y de estos unos quince millones se encuentran en pobreza extrema, sobreviviendo con el equivalente a menos de tres euros por día. Sin embargo, el presidente Peña Nieto no pierde la ocasión de ostentar una opulencia obscena y aquí vive el hombre más rico del mundo, Carlos Slim, el magnate de las telecomunicaciones que vale más de setenta mil millones de dólares. Otro personaje emblemático, Joaquín «El Chapo» Guzmán, famoso traficante de drogas que aparece en las estadísticas de los poderosos del mundo, fue detenido en 2014, se fugó clamorosamente de una cárcel de alta seguridad en 2015 y volvió a ser detenido a principios de 2016.

Este es el México que nos cuenta Bianchini; este y no la Riviera Maya y tampoco el México políticamente correcto de los *zapatours*. Un país devastado por los cárteles de la droga que lucha y resiste sintetizando, entre mil contradicciones, los esplendores y miserias de la humanidad contemporánea: la corrupción y la violencia demente del poder, pero también la solidaridad que germina en los intersticios de la sociedad. En este México, cada año ochocientas mil personas, en gran parte centro y sudamericanos, emprenden el arriesgado viaje hacia el norte. De ellas, unas seiscientas mil logran llegar a Estados Unidos, pero ciento cincuenta mil son secuestradas en el camino. Cinco, tal vez diez mil, son víctimas de una muerte violenta o, literalmente, se las traga la tierra. Las cifras precisas nadie las conoce, puesto que las familias tardan en enterarse y, a menudo, no se atreven a denunciar su desaparición. ¿Más datos? Una de cada seis mujeres es violentada y luego prostituida por los cárteles criminales; en un solo lugar, San Fernando, Tamaulipas, en 2010 fueron masacrados setenta y dos

El camino de La Bestia

A quien me enseñó de qué lado brincar.

DÍA O

—El siguiente.

La voz de la empleada de correos es monocorde, aburrida.

Ha llegado el momento.

Dos personas más, luego me toca a mí. El sudor me resbala por la frente. El ventilador del techo parece girar al ralentí. El calor es agobiante, falta el aire.

En la ventanilla hay un chico joven. Tiene que enviar un paquete del tamaño de una caja de zapatos. Dirección: Estados Unidos. Solo el paquete.

—El siguiente.

Le toca a la mujer que va delante de mí. Una señora gorda, sudorosa, que lleva puesta una especie de bata. No deja de abanicarse con el sobre que tiene que enviar. Se lo entrega a la empleada de correos: una mujer de unos cincuenta años, delgada, con un bigote llamativo y de evidente ascendencia indígena.

La empleada le devuelve el sobre. La dirección no está bien. Tiene que escribirla de nuevo. La señora gorda tacha la dirección. La reescribe justo al lado. La gente de la cola espera pacientemente a que termine de hacerlo. Aquí nadie tiene prisa.

La señora es lenta, no debe de tener mucha destreza con el bolígrafo. Levanto la vista. El ventilador gira cada vez más despacio. Hace calor. Las moscas zumban a mi alrededor y se posan en todas partes. Espantarlas solo serviría para sudar todavía más. Es una batalla perdida. Ganan las moscas. Es inútil siquiera intentarlo. Los años en América Latina también me han enseñado esto.

Me doy la vuelta. La cola detrás de mí es larguísima y termina fuera de la estafeta. Nadie habla. Alguno da un soplido para espantarse las moscas de la nariz, de la boca y de los ojos, haciendo los mínimos movimientos para evitar sudar más.

La señora gorda entrega de nuevo el sobre. La empleada de correos se lo devuelve otra vez. Le dice algo que no llego a entender. La señora gorda vuelve a escribir.

Me vuelvo. La estafeta está llena, pero el único ruido es el zumbido de las moscas.

Detrás de mí hay un hombre mayor que parece salido de una película del oeste, bajito, con un sombrero de paja y un bigote gris. Lleva un paquetito de color ocre. El texto vacilante del envoltorio, «Tucson, Arizona», esconde años de sueños cumplidos o quizá de desilusiones. O acaso una promesa inexistente.

Por fin, la empleada acepta el sobre. En unos segundos me tocará a mí. Unos segundos más y dejaré de ser yo mismo. Todavía me queda un momento para decidirme. Puedo cambiar de idea. Aún estoy a tiempo.

Me vuelvo a girar. Nadie me mira, pero me siento observado y controlado. Jugueteo por enésima vez con el sobre que tengo entre los dedos. Aún puedo cambiar de idea. Puedo volver atrás.

Una voz dentro de mí dice: «¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Vete! ¡No envíes el sobre! ¡Aún estás a tiempo!».

—El siguiente.

Miro alrededor. Todos me observan.

De veras me toca a mí.

Querría que hubiera otras mil señoras gordas por delante. Centenares de jóvenes con paquetes para los Estados Unidos. Decenas de señores con bigotes y sombreros de paja. Pero no. Esta vez es mi turno.

—El siguiente —la voz no es apremiante, solo un poco desganaada.

Doy dos pasos al frente. Ya estoy en la ventanilla. Deslizo mi sobre por el mostrador. La señora agarra la otra punta. Nos miramos a los ojos mientras rivalizamos por el sobre como si fuese un preciado trofeo. Es mi última oportunidad. Si lo dejo ir será suyo y ya no podré volverme atrás. La voz dentro de mí se hace más insistente: «¡No lo hagas! ¡No lo hagas!».

Cierro los ojos. Un solo segundo.

Suelto el sobre.

Instantes después el sobre está ya en camino. Yo me encuentro en el exterior de la oficina de correos de Tecún Umán, Guatemala.

Me miro las manos vacías. Ya no está. Se ha ido. Mi escudo, mi protección. Un estúpido rectángulo de cartón de un color indefinido entre marrón y rojo burdeos. Doce centímetros por ocho. Con un texto en caracteres dorados: «Unión Europea - República Italiana».

La protección. El escudo. Con él vas y vienes como y adonde te apetece.

Lo llaman pasaporte, pero depende de lo que tenga escrito en la primera página, te lleva a un sitio u otro. Si este mismo cartón fuera verdoso y tuviera escrito «República de El Salvador», estás jodido. Ni siquiera sales de casa. Tanto vale dejarlo donde está.

Pero en el mío pone «Unión Europea - República Italiana» y con él voy adonde quiero.

Iba. Iba adonde quería.

Ahora ya no tengo ese escudo, esa protección. Se ha ido. Destino: Ciudad de México. A casa de Jaime, un lugar seguro. Con él se ha ido también Flaviano Bianchini.

Ahora soy Aymar Blanco, nacido en Pucallpa, en el corazón de la Amazonia peruana, de antigua ascendencia vasca. Mi meta es más o menos la misma que la de todos los que están aquí. El sueño americano. Estados Unidos de América.

Mi historia comenzó hace algunos días, porque aquel rectángulo marrón-burdeos te permite ir adonde quieras y como quieras siempre que no le hayas tocado los huevos a nadie influyente. Si ese alguien es realmente poderoso, entonces ni siquiera te salva el rectángulo marrón-burdeos en el que dice «Unión Europea - República Italiana». Y da la casualidad de que hace algunos años me topé precisamente con quienes gobiernan este país: las multinacionales mineras. Me echaron a patadas en el culo y me prohibieron la entrada. Pero nadie controla realmente quién entra en Guatemala. ¿Quién diablos querría entrar en Guatemala? ¿Y además desde el norte?

El río Suchiate marca la delgada frontera entre México y Guatemala. El último escollo para los miles de migrantes latinoamericanos que cada día intentan alcanzar el sueño americano. De este lado, Tecún Umán, Guatemala. Del otro, Ciudad Hidalgo, México. En medio, el puente Rodolfo Robles, lleno de militares, alambre de espino y pomposos carteles que anuncian la entrada a una u otra gloriosa república.

Los contrabandistas han tendido una larga sogá bajo el puente, atada a los pilares. De ella tiran grandes balsas fabricadas con viejos neumáticos de camión remendados aquí y allá. Cada balsa puede transportar hasta diez o doce personas y un número indeterminado de cajones, cajas y bolsas que pueden contener cualquier cosa. Pero el tráfico es unidireccional. Se va de Guatemala a México. El objetivo final: Estados Unidos. Hacia el sur nadie quiere ir. Las balsas regresan siempre de vacío.

Cada cierto tiempo México aumenta los controles. Cuando esto ocurre la sogá se desplaza unos cientos de metros más allá. Si hay alguna visita oficial, la sogá desaparece y se utilizan unos remos rudimentarios.

DÍA I

Durante los días que permanecí en Tecún Umán me transformé en Aymar Blanco. En el mercado compré a una vieja indígena unos pantalones de algodón, una camiseta del Barça con el número 10 de Leo Messi, una chaqueta de piel sintética y una gorra de los Yankees de Nueva York, un par de deportivas de las más baratas y unos calcetines que ya estaban desgastados. Me puse el equipo completo y corrí unos diez minutos, hasta las afueras de la ciudad. Una vez empapado en sudor, me revolqué por la tierra. Me levanté. Ya estaba suficientemente sucio: un migrante con la ropa limpia no resulta creíble.

En cuanto a la lengua, después de tantos años en Latinoamérica, no hay problema. Mi español es perfecto. Más de una vez por las calles de Lima o de la Ciudad de México me he topado con alguno que intentaba venderme cursos de inglés. El color de mi piel, lo suficientemente oscura, me ayudará a mimetizarme y, de todos modos, en América Latina hay un montón de blancos. Mi metro ochenta y cuatro me lo pone un poco más difícil para hacerme pasar por latinoamericano. Por eso la historia de la Amazonia y los orígenes vascos. En la Amazonia son considerablemente más altos que en otros sitios y hay algunos blancos, generalmente vascos, hijos de las grandes migraciones del siglo XIX, cuando en Europa se creía que la Amazonia era El Dorado, que se podía cultivar cualquier cosa y que por los ríos corrían pepitas de oro grandes como frijoles. Al final aquellos sueños se hicieron pedazos en uno de los lugares más inhóspitos del mundo, con el sanguinario comercio del caucho primero y con las multinacionales petroleras después.

Y hoy los hijos de los hijos de aquellos que soñaron con encontrar El Dorado en la Amazonia corren a buscarlo a Estados Unidos.

Pucallpa porque viví allí un tiempo y la recuerdo bien. Si me encontrara con alguien que la conoce, podría salir del paso fácilmente describiendo sus mercados y sus calles embarradas.

Los siguientes días me pasé las horas restregando las rodilleras de los pantalones y las zapatillas contra la alfombra basta de mi habitación para que parecieran más usados.

Durante los últimos días no me lavé. ¿Cuándo se ha visto un migrante perfumado?

Pero pasé la mayor parte del tiempo convenciéndome a mí mismo de que lo lograría. Pasaba las horas recitando las estadísticas como si fueran un mantra: «al año lo logran seiscientos mil personas», «más de mil quinientas al día», «si ellos lo consiguen, tú también». Me valía de bien poco. Es como empuñar un revólver con una sola bala en el tambor. Las estadísticas dicen que hay muchísimas posibilidades de que el percutor golpee en el vacío, pero, a pesar de ello, no es agradable apuntarse a la cabeza.

La mañana del gran día recorrí Tecún Umán en sentido inverso. De la tranquilidad al infierno. Desde 1994 México colabora con Estados Unidos contra la inmigración clandestina. Estados Unidos desembolsa millones de dólares cada año para que México haga el trabajo sucio y evite que demasiados migrantes consigan llegar al norte. No hay bastante sueño americano para todos.

Todos los migrantes detenidos por la policía mexicana a lo largo de los más de tres mil kilómetros que hay entre Chiapas y los Estados Unidos son deportados a la frontera con Guatemala. Se supone que Guatemala debería devolver a cada uno de ellos a su país. Pero los fondos que Estados Unidos destina a este fin acaban en los bolsillos de políticos y funcionarios corruptos, y Guatemala no tiene ganas ni dinero para mandarlos a todos a sus casas.

DÍA 2

Son poco más de quinientos kilómetros pero el camión va tan cargado y está tan destartado, y las carreteras están tan descuidadas, que tardaremos al menos veinticuatro horas en llegar. Se sale de noche y se llega de noche. Pero en medio hay un día tropical entero. De esos en los que el sol abrasa incluso bajo las sombrillas de la plaza mayor de San Cristóbal de las Casas, con los turistas de medio mundo bebiendo tequila Sunrise y fingiendo que no tienen un céntimo. Así que cuánto más no hará en el contenedor de un camión, a oscuras y con menos de un metro cuadrado por persona.

Moverse es imposible. Yo no consigo estirar las rodillas ni mover un poco la espalda, circunstancias que al cabo de unas horas me provocan un dolor insoportable. Luego está el traqueteo. La carretera está llena de baches y cada bote supone un golpe tremendo en las caderas, los hombros y la espalda. Además hace calor. Mucho calor. Y todavía es de noche.

Pero todo eso es lo de menos. El principal problema es el aire. Falta el aire, en el sentido literal de la palabra. No se puede respirar. Cada tanto intento inhalar a pleno pulmón, pero lo que me entra por la nariz parece de todo menos aire. Es un fluido denso y maloliente. Respiro de todo menos oxígeno.

No sé cuánto tiempo ha pasado pero seguro que no han sido más que un par de horas. Y además, de la noche. Lo peor vendrá cuando llegue el día y, con él, el calor del trópico.

Una vez leí un libro sobre unos migrantes que intentaban llegar a Europa desde Afganistán. También ellos tenían que hacer largos trechos escondidos en los dobles fondos de los camiones. Antes

de partir les entregaban una botella de plástico llena de agua y otra vacía. La llena era para beber, la vacía para sus necesidades fisiológicas. Aquí nadie nos ha dado nada, y seguramente a nadie se le ha ocurrido antes de subir. O puede que alguno lo haya pensado pero las botellas vacías son un bien escaso y si alguien tiene una, más vale que la lleve llena. Nadie ha muerto por la peste de la orina. De sed, sí.

Nada más salir el sol la temperatura del contenedor empieza a subir, y el olor ácido de la orina nos da los buenos días. En los trópicos el amanecer y el anochecer son como un relámpago. El sol desgarrar la noche con la crueldad típica de estos lares. Se pasa del frescor de la noche al calor atroz del día en un solo segundo. En el doble fondo de un camión este cambio de clima es aún más brusco.

El aire, que ya era escaso antes, está totalmente ausente. Casi me parece estar bajo el agua. La sensación es similar. Resulta imposible respirar. El hedor a meado, sudor y desesperación es lo único que llega a nuestras narices.

Hace horas que nadie habla. Todos buscan ahorrar aliento. El aire es un bien preciado. Pero llegado a cierto punto, como de la nada, alguien empieza a lamentarse. Es una voz desesperada.

—Me falta el aire. No puedo más. Tenemos que parar o me muero.

Viene de las filas de delante, las más próximas al motor, donde más calor hace. Alguno trata de calmarlo. Le dicen que falta poco, que llegaremos pronto, que nadie va a morir y que cuando lleguemos a Tenosique estaremos cerquísima de Estados Unidos. ¡Desde Tenosique solo hay un paso!

Pero la voz no se detiene. Continúa durante un tiempo que parece infinito.

—¡Nos asaremos! ¡Nos vamos a morir todos!

Su tono produce una angustia increíble. Es la voz del desaliento y la desesperación, de alguien que piensa que va a morir. Es horrible. Y no cesa.

DÍA 3

La sensación de paz y bienestar del sueño después del agotamiento dura poquísimos. Todavía es noche cerrada cuando corre la voz:

—¡Los Zetas!

Abro los ojos. Un instante, el tiempo justo para darme cuenta de que estoy despierto y en medio de un bosque. Juan tira de mi brazo.

—Tenemos que irnos.

Me pongo en pie. Agarro la mochila al vuelo y lo sigo a la carrera hacia el interior del bosque, en la más profunda oscuridad. No se ve nada. En el cielo la luna dibuja una pequeñísima hoz que no ilumina en absoluto. Es una desventaja porque realmente no se ve a un palmo de nuestras narices, pero a la vez es una gran ventaja porque los Zetas tampoco pueden vernos. Nos alejamos un poco y nos escondemos detrás de unos arbustos. Estamos cerca del claro, pero la noche está de nuestra parte. Los faros iluminan el claro. No sabemos lo que ocurre pero oímos los gritos de los que no han conseguido alejarse a tiempo.

En los años ochenta, Estados Unidos, aterrorizado por el avance de los movimientos de izquierdas en América Central, creó una serie de grupos paramilitares especializados en técnicas de contra-terrorismo. Hablando en plata: gente adiestrada para matar, torturar, sembrar el terror. Se les imputa la muerte de miles de inocentes en toda América. Los peores acabaron entre los kaibiles guatemaltecos, de los cuales se cuenta que parte de su adiestramiento consistía en criar a un perro durante años para después matarlo con sus propias manos y comérselo crudo. La Comisión